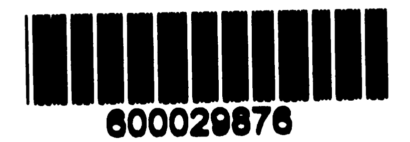

243.e.
163.



LIBROS
EGREGIOS CUMULARE
PRÆCLARA SUPELLEX.
BIBLIOTHECA CORTINIANA.





DISCURSO.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA,

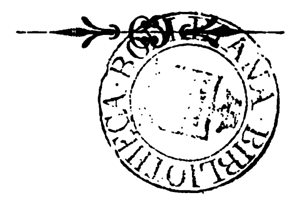
EL DIA 12 DE NOVIEMBRE DE 1859,

CON MOTIVO DE LA APERTURA DE LAS CÁTEDRAS

DEL

ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO

de esta corte.



MADRID.—1859.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Rafael Ludeña,
Leganitos, núm. 47.

Señores:

Al abrirse de nuevo las cátedras de este instituto, en que se propagan tantos y tan útiles conocimientos, naturalmente ocurre la idea de los vínculos que entre sí los enlazan; pudiendo tal vez decirse que las ciencias y las bellas letras son como las ramas de un árbol frondoso, que reciben el rocío del cielo y producen al propio tiempo frutos y flores.

Á través de la niebla que oculta las remotas edades, vemos la luz del humano saber despuntar, como el sol, en Oriente; adelantar con paso lento y perezoso; eclip-

sarse á veces, pero nunca extinguirse. La mano de la Providencia la mantiene viva, para que no perezca el mundo.

En el Egipto parece como que las ciencias hacen una especie de descanso, ántes de trasladarse á las regiones de Europa; y allí toman, como no podia ménos de suceder, el carácter del gobierno y de la nacion. Bajo aquellos monarcas absolutos, y con el gran poder que ejerce el sacerdocio, se apodera éste del tesoro de las ciencias; lo encierra con cien llaves en lo más profundo del santuario; y si lo reviste de lujosas galas, es para oprimirle más con fuertes ligaduras, como á los cadáveres de los reyes, y sepultarlos bajo inmensos mausoleos. El saber del Egipto se asemeja al Nilo: fecunda aquella tierra; pero oculta su nacimiento.

Trasplantado á la Grecia, ya toma un carácter distinto, ó por mejor decir, opuesto. El clima es más benigno; el cielo despejado y sereno; y el aura de libertad que allí se respira, consiente á las ciencias y á las bellas artes ostentar á la faz del mundo sus galas y primores. No se esconden en el fondo de los templos, ni les basta el hogar doméstico; se muestran en los pórticos y en las plazas, enseñoreándose como reinas de aquel suelo privilegiado. Todas ellas florecen á un tiempo y de un modo tal, que no tiene semejante en la historia. Euclídes penetra las profundas verdades de la geometría; y Archímedes siente no hallar un punto fuera de la tierra, para colocar en él su palanca y levantarla en peso.

Sóphocles y Eurípides calzan el coturno de Eschilo

y le ganan la palma; en tanto que Aristóphanes, con maligna sonrisa, calza el humilde zueco.

El viejo Homero recorre las ciudades, despertando el entusiasmo con sus inmortales poemas, que retratan las proezas de los héroes, y son como la historia viva que se trasmite de generacion en generacion. En la misma sonora lengua, que parece dictada por las Musas *(quibus dedit ore rotundo Musa loqui)* ensalza Píndaro al vencedor en los juegos olímpicos; enciende el ánimo de los de Messenia el fogoso Tirteo; y Anacreonte enloquece, al son de sus cantares, en tanto que suspira sus versos la ternísima Sapho.

La forma de gobierno de aquellas repúblicas y el carácter de sus moradores, de imaginacion ardiente y ánimo inquieto y movedizo, habia de dar sumo poder á las armas de la elocuencia. No es, por lo tanto, extraño ver disputarse la palma en la tribuna á Pericles, seduciendo con su palabra fácil y artificiosa; á Phocion, procurando calmar con prudentes consejos las olas populares; y la voz de Demóstenes tronando contra la ambicion de Filipo. Los filósofos se ven rodeados de numerosos discípulos, y cada cual predica su doctrina; procurando que prevalezca sobre las demas. Entre aquellos insignes maestros, se ve á Platon y á Sócrates elevarse hasta el último límite á que puede llegar la razon humana, cuando no se halla alumbrada por la antorcha de la revelacion.

Llegada la época de decadencia, falta de vigor y dividida, mal podia la Grecia librarse del yugo de un pueblo en la flor de la edad, guerrero, que se creia

destinado al imperio del mundo. Mas pocas veces se habrá observado en la historia un ejemplo tan palpable de la inferioridad de la fuerza respecto de la mayor civilizacion y cultura. Los orgullosos Romanos tienen á gloria proclamarse discípulos de los Griegos; leyes, artes, ciencias, todo lo reciben del pueblo vencido, y ni aun procuran disimular su orígen: las escuelas filosóficas trasplantadas al Lacio conservan, hasta que se extinguen, el nombre de sus primitivos fundadores.

La índole de la república romana, á la par ruda y belicosa, y empeñada en contínua lucha entre el patriciado y la plebe, no consentia dedicarse con gran ahinco al cultivo de las ciencias y de la amena literatura. Así es que apénas nos quedan otros monumentos de aquella edad más que algunos célebres historiadores, y entre ellos Julio César, que ya indicaba el tránsito de un régimen á otro.

Al expirar la república, destrozada y sangrienta, es cuando aparecen las obras maestras que han dado eterna fama al reinado de Augusto. No busqueis en ellas la naturalidad, la sencillez, el candor que distingue las obras de los Helenos; pero sí elevacion, grandeza, el sello que en todo imprimia aquel pueblo gigante: es una estátua griega, cubierta con un manto de púrpura de Tyro.

En vano seria buscar nada grande bajo el imperio: cuando los pueblos caen en el último grado de abyeccion, sólo pueden producir esclavos.

Apénas han quedado más vestigios de aquella infausta época que las obras de Séneca y Lucano, ambos

Españoles y nacidos en la misma ciudad, las de uno y otro Plinio y las de Tácito, que parece se han salvado del naufragio de los siglos, para retratar á la tiranía en su espantosa desnudez.

El único monumento que salva la memoria de aquella edad, es el código de sus leyes, más duradero que sus conquistas, y que tanto influjo ha tenido en la civilizacion de los pueblos modernos: el descubrimiento de un ejemplar de las *Pandectas* se estimó como el hallazgo de un rico tesoro; y sin temor puede afirmarse que el derecho civil de las naciones cultas no podia escoger mejor modelo.

Todo quedó sepultado bajo los escombros de tan grande imperio; y la niebla que se desprendió de las regiones del Norte, fué tan espesa y tan tupida, que se hubieron menester siglos, para que un léve crepúsculo volviese á alumbrar á la Europa.

El régimen feudal, establecido con más ó ménos dureza en todas las naciones, divididas las clases con un muro de separacion, dispuestos siempre á pelear los orgullosos señores, y amarrado el pueblo á la tierra con pesadas cadenas, mal podian cultivarse en aquella edad las ciencias ni las letras. Dicha no escasa fué que hallasen un asilo en los monasterios, merced al alejamiento del estruendo del mundo, y á la veneracion que, á pesar de su ferocidad, les profesaba aquella ruda gente; pudiendo en verdad decirse que allí se conservaron, como un depósito sagrado, muchos preciosos restos de la antigua civilizacion.

En el espacio que medió entre la irrupcion de los

bárbaros hasta la época del *renacimiento*, Italia fué tal vez la que cultivó con mayor éxito las ciencias y las letras; debiéndolo en gran parte á su aventajada situacion, á la expedicion de las *Cruzadas*, á las luces que recibió de Oriente, y al génio de sus naturales; una sola república, la misma ciudad vió nacer á Dante, á Machiavelo y á Miguel Ángel.

España puede tambien mostrarse sin desdoro en competencia con las demas naciones. Amansada por el trascurso del tiempo la ferocidad de sus invasores, vemos á los Árabes cultivar varios ramos del humano saber; dejando de ello en sus obras insignes testimonios.

Lástima grande que la religion que profesaban opusiese no leves obstáculos á los adelantamientos en algunos ramos del saber; pero en los que cultivaron se descubre su agudo ingenio, no poco parecido al de los Griegos, y las galas de su imaginacion, propias de los pueblos de Oriente.

En botánica, en agricultura, en astronomía, aún se les admira como grandes maestros; y el monarca español, superior á su siglo, que ha merecido el sobrenombre de *Sábio*, no se desdeñó de llamarlos á su corte y consultar con ellos; anunciándolo con laudable modestia en sus obras inmortales.

Recorriendo la historia del espíritu humano, se advierte un fenómeno digno de llamar la atencion, y que tal vez indica la conexion, más ó ménos oculta, que enlaza las ciencias y las letras. Hay épocas afortunadas, en que aparecen al mismo tiempo varones insignes, como esas constelaciones que brillan en el cielo.

Así aconteció en Grecia, en tiempo de Pericles; en Roma, bajo el imperio de Augusto; en Italia, á la sombra protectora de los Médicis, y en el pontificado de Leon X, de la propia extirpe; en España, en la época que puede llamarse nuestro *siglo de oro;* en Francia, bajo el cetro de Luis XIV; en Inglaterra, despues de la gloriosa revolucion que elevó al trono á la reina Ana.

Otro fenómeno, que tambien puede contribuir á comprobar el mismo aserto, es el de ciertos hombres privilegiados, que se elevan á una inmensa altura en la region de las ciencias, como quien sube á la altísima cumbre de los Alpes; y parece que desde allí dominan el terreno que yace á sus plantas.

Grecia ostentó un modelo tan portentoso, que no ha habido, al cabo de tantos siglos, ninguno que le iguale. El ánimo se asombra al contemplar el profundo saber de Aristóteles: dialéctica, moral, política, fenómenos de la naturaleza, todo lo penetra y todo lo esclarece; y aun no satisfecho, extiende sus miradas á las letras humanas, y dicta reglas de buen gusto que sirvan de norma á los poetas.

En los tiempos modernos vemos tambien descollar algunos hombres eminentes, que parece como que personifican el saber de su siglo; tal fué en Inglaterra el Gran Canciller Bacon, que viendo el errado camino que seguian las ciencias, abrumadas con el peso de sistemas absurdos, fué quizá el primero que les mostró una segura guia en la observacion y la experiencia.

En Francia vemos al célebre Descartes aspirar á la gloria de rival de Aristóteles, desalojarle de las aulas, y

señalar una nueva era en la historia de la filosofía. Hasta en España, donde por causas harto sabidas se cultivaron poco ciertos estudios, observamos los conatos de Feijóo y de otros escritores, para desterrar añejas preocupaciones y despejar el camino de los conocimientos útiles; pudiendo citarse en comprobacion el nombre del ilustre Jovellanos, á quien la ciencia de la legislacion, la economía política, la historia, la amena literatura, á la par que las nobles artes, reclaman á porfía como uno de sus alumnos predilectos.

Recientemente, en este mismo año, acaba de perder la Alemania un hombre de tan vasta capacidad, que podia abarcar *el mundo*, como su obra inmortal; el baron de Humbolt, tan profundo como modesto, que me honraba con su amistad, y á quien pago este tributo de admiracion y de respeto.

Largo y prolijo seria, aun cuando lo consintiesen mis fuerzas, mostrar las relaciones entre los conocimientos humanos; pues á veces se esconden á la vista del hombre, como los ocultos veneros que vienen á reunirse para alimentar una fuente. Mas otras veces se divisan, por poco que se penetre en el terreno de las ciencias. La dialéctica, que es como el hilo de Ariadna, para no perderse en el laberinto de los conocimientos humanos; la numismática y la arqueología, testigos permanentes de la veracidad de la historia; la historia, maestra de moral y piedra de toque de la política; las ciencias naturales, tan unidas que á veces se confunden sus límites; las matemáticas, de tan universal aplicacion, principiando por las artes y oficios más humildes, y ter-

minando en las regiones más sublimes de la astronomía. No ha muchos años que Mr. Leverrier, trazando cálculos en el papel, descubrió un planeta en el cielo.

Un estudio hay, provechoso en todos tiempos, y en la actualidad necesario: tal es el de las lenguas. Respecto de las sábias, no hay para qué encarecer su importancia, ya sea para admirar las obras maestras de la antigüedad, á cuyas traducciones puede aplicarse á veces lo que decia Cervantes, que son como ricos tapices, mirados por el revés; ya para adelantar en los estudios clásicos; y ya, en fin, para averiguar los orígenes de los idiomas modernos.

Recientes acontecimientos, cuyo alcance y trascendencia no es capaz de medir la prevision humana, han llamado más y más la atencion de la Europa hácia el Oriente, y contribuirán á que se cultiven con mayor esmero algunas de las lenguas que se hablan en aquellas apartadas regiones. El imperio del Japon parece que aspira á entablar relaciones más estrechas con las naciones europeas; y de fuerza ó de grado, la China tendrá que abrir sus puertas al comercio y trato de los pueblos de Occidente. Su muralla cayó para siempre, y no hay en el mundo fuerzas que la levanten.

Como todo en el mundo está tan enlazado, que hasta los sucesos más extraños suelen producir efectos no esperados, tal vez nuestra expedicion al África (¡que Dios bendiga!) haga que se cultive con más aficion la lengua arábiga, descuidada hasta estos últimos tiempos, y en la que poseemos tantos y tan preciosos monumentos.

Por lo que respecta á las lenguas vivas, ¿quién podrá

desconocer la absoluta necesidad de poseer algunas, para no parecer aislado y poco ménos que selvático en medio del tráfico del mundo? No ha muchos años, cuando el venir de las provincias á Madrid se consideraba como arriesgada empresa, y se señalaba con envidia á los pocos que habian traspasado la muralla de los Pirineos, era lícito contentarse con hablar el idioma nativo; mas hoy dia, en que los ferro-carriles y el telégrafo eléctrico han puesto en inmediata comunicacion á tantos pueblos y naciones, poco adelantará el que sólo vaya provisto con la moneda de su país, y no lleve otras que tengan fácil curso en el mercado.

Á tal punto se siente esta necesidad, propia y peculiar de este siglo, que todos los medios hasta ahora conocidos parecen inadecuados y mezquinos; y se aspira, sin que parezca delirio, á crear una *lengua universal*, que siendo como un vínculo de union de todos los pueblos, acelere la época de adelantamiento y de mejoras á que la humanidad parece destinada.

Cada cual en su esfera, todos deben contribuir á fin tan importante; por lo cual son dignos del más cumplido elogio los que, como vosotros, celosos Profesores, os dedicais á la enseñanza sin más estímulo ni recompensa que el amor al saber. Los alumnos que acuden presurosos á recibir de vuestros lábios útiles lecciones, han nacido en una época afortunada: casi todas las ciencias han hecho visibles progresos; los métodos son más sencillos; los libros elementales mejores; y se ha llenado el inmenso vacío que ántes mediaba entre los rudimentos del saber y su region más elevada.

Y vosotros, jóvenes aplicados, que dedicais á estudios graves las horas de solaz y esparcimiento, prestad atencion á mis palabras: por lo mismo que teneis más medios de adelantar en la emprendida senda, la patria exige más y más de vosotros. Ya le infundís ánimo y esperanza; sed algun dia su ornamento y su gloria.





